

Sr. Rector, Sres. amigos de la mesa, Sr. Ministro, Sr. Obispo, estimadas amigas y estimados amigos.

Muchas gracias, amigo Rector, por esta distinción. Muchas gracias a todos ustedes, por acompañarnos en esta ceremonia, que me conmueve y que quiero agradecer muy especialmente.

Lo hago por dos motivos: tengo un gran respeto por esta casa de estudios, que en pocas décadas es un punto referente de calidad; y segundo, porque proviene de una Universidad.

Yo me siento muy deudor de la Universidad de Uruguay, de la enseñanza secundaria, de todo lo que recibí en este país de educación.

Le debo a ellos el haber organizado mi vida y mis compromisos, por tanto todo lo que tiene que ver con el ámbito universitario, para mí, tiene una enorme importancia tanto en mis reconocimientos como en mis compromisos.

Si me permiten hacer una reflexión sobre este tema, me gustaría decir algunas cosas, no porque sea un experto en ese tema, sino porque siento que el tema de la enseñanza superior y la educación en general, es un tema que debe merecer permanentemente la atención de todos nosotros, de todas las sociedades y de la nuestra en particular.

La verdad es que siempre hemos mirado la universidad como una triple misión: la generación de conocimientos, la difusión de conocimientos, pero también la transmisión de valores.

Esa trilogía es lo que explica que la universidad haya tenido en América Latina y, particularmente, en nuestro país un peso tan grande en la vida nacional.

Es muy difícil explicar un aspecto social, económico o político en nuestra vida nacional, sino tenemos ninguna referencia específica a la Universidad, que durante muchos años fue la Universidad de la Republica y sigue siéndolo ahora.

La Universidad llega a América antes que la escuela, el siglo XVI es un siglo muy generoso, de creaciones universitarias en España y en América.

La Universidad llega a Santo Domingo, llega a Lima, llega a México, llega a Bolivia y, de alguna forma con su llegada, comienza un proceso de vinculación de la Universidad con la nueva realidad existente en el mundo: la realidad del cumplimiento, la realidad de la expansión de la frontera geográfica, comercial y política del mundo.

La Universidad en ese momento reflejó de alguna forma las necesidades que se sentían en el orden colonial y en el orden religioso dentro de la colonia para hacerse presente en este nuevo mundo que empezaba a construirse alrededor del mestizaje.

De alguna forma esa fue la función universitaria: servir al orden colonial, servir al orden religioso, crear nuevas generaciones para esas obras y, al mismo tiempo, constituirse en un centro de reflexión de las nuevas ideas que llegaban de Europa y que fueron evolucionando a través de todo lo que significó el pensamiento de la época y, posteriormente, lo que fueron las Revoluciones Francesa y la Revolución Americana. Más tarde habría sido el centro formador de los líderes.

Yo creo que esa relación directa entre el momento y la vida económica, social y política, marcó un poco la presencia universitaria a través de todos los tiempos, en toda América y, particularmente, en Uruguay.

Yo siento que esa relación entre lo que fue la Universidad del siglo XVI y la del momento actual, hay algunas cosas en común: la época de los descubrimientos fue un cambio de época, momento muy particular en la historia de la humanidad. Yo creo que el momento que estamos viviendo hoy y, lo siento desde mi experiencia personal, con tantas oportunidades que me ha dado la vida, es realmente un cambio de época.

Entonces la interrogante viene a ser: ¿Qué tipo de Universidad viene con el cambio de época y en qué consiste ese cambio de época?

Tiene cinco frentes, los que yo veo hoy como elementos fundamentales de cambio del mundo que nos toca vivir:

-Primero y no digo nada nuevo con esto, lo que significa la revolución tecnológica, que es un proceso que parece no tener límites y que propone al hombre en esta tierra una calidad de vida y extensión de vida como nunca habría soñado el hombre.

Hay una revolución tecnológica que cambia la forma de vivir, de producir, de relacionarnos y este es el primer elemento que marca un cambio de época.

-Segundo, hay un proceso de globalización, es una nueva globalización como lo fueron en su momento la globalización de los descubrimientos.

Es, a partir de la comunicación, que hoy tenemos una transformación fundamental en el comercio, en las inversiones, en el fondo financiero y en la formación de la empresa que, para mí, es uno de los hechos más característicos de fines del siglo XX y principio del siglo XXI.

Éso, de alguna forma, está cambiando la geografía económica del mundo y el ingreso de potencias asiáticas hacen que estemos entrando en un cambio; así como en el siglo XIX fue el siglo europeo, el siglo XX fue el siglo de los Estados Unidos y, es posible que en las próximas décadas, nos digan que estamos entrando en el siglo asiático; con lo cual se está especulando mucho y con muy buenas bases.

En el nuevo orden que estamos viviendo las disponibilidades crecen en una forma muy violenta y dispar, tanto dentro de frontera como entre las naciones.

La mitad del planeta vive en situación de pobreza, aunque hay que reconocer que se han hecho avances porque China, hoy en día, es un país que ha logrado dominar las grandes hambrunas, en China hay pobreza pero no hambre.

A pesar de eso tenemos una situación de pobreza indignante, tenemos una situación de desempleo, tenemos una situación de exclusión y la diferencia de ingresos que existe dentro del país y entre países.

Yo creo que esa diferencia marca en el mundo que estamos viviendo problemas de inestabilidad y angustia social que está creciendo. Yo creo que es más grave que la pobreza.

-La violencia es el cuarto elemento. El siglo XX es el siglo más violento de la historia del hombre en el planeta.

Es una violencia que vemos en las guerras, hay conflictos, pero sigue muriendo gente en los conflictos entre naciones.

A mí me tocó trabajar en un panel de las Naciones Unidas donde se discutieron las grandes amenazas a la paz y a la seguridad, y les confieso que ahí fue donde aprecié la profundidad de las nuevas amenazas.

Detrás de la palabra genérica de la violencia: la violencia del terrorismo, la violencia de las armas de destrucción masiva; son hechos nuevos que existieron siempre en alguna dimensión en el mundo, pero que están presentes hoy en día con mucha fuerza. Dentro de esto hemos visto la violencia que tiene que ver con los problemas dramáticos que se dan hoy en varias regiones del planeta y las amenazas que estamos viendo todos los días en la prensa.

-El quinto elemento es el nuevo orden en el que estamos insertándonos, es el tema del choque de civilizaciones.

En este sentido, hay que mirar un poco el tema con mucho interés porque es un fenómeno que no es nuevo, pero sí es nuevo con la violencia que se presenta.

El más conocido es el choque civilizatorio entre el mundo occidental y el Islam, pero no es el único, miren ustedes lo que ha pasado en genocidios en África, en Yugoslavia, para darse cuenta de que estamos frente a un fenómeno muy serio que podría agravarse en los próximos años, en las próximas décadas.

Yo creo que no tenemos que ignorar que en nuestras propias fronteras americanas hay elementos potenciales de desencuentros civilizatorios, hay cincuenta millones de indígenas que han estado marginados del progreso, también eso forma parte de un elemento importante.

Yo creo que estos cinco frentes nos muestran que estamos en un cambio de época, hay que reconocer que nos acercamos a un cambio constante de cómo se comporta la sociedad en el mundo moderno. Algo nos pasa también a nivel regional, si bien hemos podido escapar a los grandes elementos que acabo de mencionar, pero estamos viviendo fenómenos complicados.

La consolidación democrática es un hecho, pero junto con ella también la creciente falta de legitimidad en la democracia, en la medida que no corresponden todavía las expectativas de la gente por la persistencia de la pobreza y de la mala distribución del ingreso. Tenemos crecimiento económico, pero tenemos también asimetrías por la desigualdad que acabo de nombrar. América Latina es la región más desigual del mundo, es terrible que esto ocurra pero es así.

Tenemos, además, nuevas puertas que nos abre la globalización, pero esto también está generando problemas, porque la globalización premia a los que tienen posibilidad de usarla, que son los que están formados y educados, entonces la globalización se convierte también en nuestra región, en un factor que acelera la mala distribución. Éste es un tema que debe preocuparnos.

Al mismo tiempo, debido a esos fenómenos, esa globalización está generando en nuestra región cuestionamientos de paradigmas que estamos viendo estos días, integracionistas por ejemplo, porque aparecen otras formas de integrarse al mundo que hay que combatir con esa forma que nos ofrece la globalización.

La región está cambiando positivamente, pero también negativamente. Para ver ésto hay que mencionar que la sociedad civil está asumiendo una presencia, una vigencia en la calle que no hemos visto antes; y hay fenómenos de viejos puños pero de nuevas dimensiones como es el indigenismo, que es un tema que hay que ver cómo se trata.

América Latina no sabe todavía cómo dar la presencia que reclaman las comunidades indígenas de sus derechos y su presencia en la sociedad, distinta a la que tuvieron en estos últimos quinientos años.

Con este inventario tan conocido de cosas yo quiero llegar a que estamos en un cambio de época y entonces el tema es que, como ayer, tenemos que presenciar y cuestionar qué hace la universidad, qué hace la enseñanza superior frente a estos cambios de época; como seguramente lo cuestionaron en el siglo XVI las universidades españolas o americanas para responder al momento que les tocaba vivir.

Lo primero que tiene que reconocer la Universidad es que hay nuevas demandas sociales. Primero, es claro que el nivel y la calidad de las calificaciones de la fuerza del trabajo del país, son factores fundamentales para atraer las inversiones, por ejemplo.

Otro hecho importante, que incide de alguna manera a nivel mundial, es que hay un sobrepago a la calificación, aquellos que ganan más sueldos y oportunidades son los que tiene más aceptación.

Al mismo tiempo, estamos apreciando como demanda también, el hecho de que las industrias que parten del conocimiento tienen una dinámica mucho mayor que el resto de las industrias tradicionales. Es decir, que hay una demanda creciente que genera esa nueva realidad en el mundo que estamos viviendo. ¿Cómo respondemos a ella?

Fíjense que en el año 2000 habría (según dice el Banco Interamericano) diez millones de estudiantes universitarios, y en el año 2002 veinte millones. Esta formación explosiva de la cual más de la mitad son mujeres.

¿Qué significa eso? Bueno, significa grandes oportunidades para la universidad y significa grandes retos.

Entre las oportunidades yo diría lo siguiente: vamos a tener una clientela cada vez más diversa y numerosa; eso es lo que explica que cada vez haya tantas nuevas instituciones universitarias en América Latina.

Entonces nos encontramos que, a la responsabilidad tradicional de formar para el conocimiento, hay que capacitar a los jóvenes para que tengan un acceso rápido al trabajo. Ésto tiene que ser reconocido como una tarea de la enseñanza superior.

De alguna forma estamos viendo que por primera vez también se está generando un acercamiento entre la academia y la empresa que es muy importante para trascender a la fuente del conocimiento.

Otra oportunidad la hace el hecho de las nuevas formas educativas, con las nuevas técnicas de la información, la informática, que abre enormes oportunidades para una acción mucho más presente de la universidad.

De manera que oportunidades existen, cuáles son los retos, a mi modo de ver:

En primer, lugar quedar demasiado encerrados en modelos inflexibles y de alguna manera no poder instrumentar instituciones mucho más preparadas para hacer frente a las nuevas demandas de los nuevos desafíos que tiene la sociedad.

Yo creo que la sociedad de conocimiento impone, por supuesto que yo respeto mucho la universidad académica tradicional, tiene un papel muy importante que cumplir pero va a tener que cumplir con ciertas cosas como, por ejemplo, la universidad virtual, asociación de universidades y empresas, redes académicas nacionales e internacionales, oferta de educación continua, carreras cortas y otras que vendrán. Porque esa realidad masiva va a tener la necesidad de tener universidades con suficiente flexibilidad para hacer frente a las demandas de esas nuevas generaciones.

En segundo lugar, el tema del peligro de las universidades de no adaptarse a los nuevos tipos de estudiantes que golpean las puertas de las mismas.

Formas pedagógicas de enseñanzas, cursos, adaptaciones, todo eso va a obligar, de alguna forma, a que la universidad tenga un elemento de flexibilidad muy importante para responder a lo que necesitan esas nuevas generaciones, que están golpeando las puertas de la enseñanza superior.

Sin olvidar que la competencia internacional que tienen hoy las universidades en el mundo por la utilización de los medios y los instrumentos de comunicación, es un hecho que va a ganar importancia en los próximos años.

De manera que yo creo que la universidad como tal tiene la necesidad de mirar esa realidad de la nueva época que estamos viviendo.

Voy a pasar un aviso comercial de la nueva secretaría que la última conferencia de Salamanca, de la cumbre de los presidentes, se nos propuso: avanzar en la generación de un espacio iberoamericano de conocimiento, orientado a la necesaria transformación de la educación superior y articulado entorno a la investigación, el desarrollo, la innovación, condición necesaria para incrementar la productividad, brindando mejor calidad y accesibilidad y servicios para nuestros pueblos, así como la competitividad internacional de nuestra región.

Creo que ésto es uno de los desafíos mayores que tiene la organización iberoamericana de educación y también la Secretaría General a la que estoy sirviendo y va a ser, ciertamente, uno de los elementos en los cuales nosotros queremos incorporar valor agregado para permitir, de alguna manera, ayudar a la colonización del sistema universitario.

Hace algunos días tuvo lugar una reunión del programa Universia, que es un programa realmente muy importante, muy dinámico, que forma parte precisamente de esa manera de explicar dentro de Iberoamérica las cosas que podemos hacer para responder a la demanda.

A mí me gustaría terminar, rector, haciendo algunas consideraciones un poco atrevidas porque yo no soy quién para contestarlas y es que todo ésto que acabo de decir, tiene que ver con los problemas de la generación y la discusión del conocimiento.

¿Y qué hacemos con los valores?

Cuál es el tipo de transmisión de valores que corresponde con el momento que estamos viviendo, cuando tenemos los cinco frentes que mencioné hace unos minutos.

Yo creo que la respuesta la tienen que dar los filósofos, la tienen que dar los intelectuales o quizás los teólogos.

Pero, visto desde mi perspectiva, me gustaría destacar tres áreas donde yo creo que la transmisión de valores tiene que ver con un compromiso de la Universidad en nuestra América.

No voy a referirme a los valores tradicionales como la libertad, la justicia, los problemas que tienen que ver con respecto a la vida democrática; todo esto forma parte de un quehacer aceptado y de alguna forma presente en todos nosotros.

Pero hay tres cosas que yo creo que el mundo moderno debería esperar como transmisión de valores de la universidad latinoamericana.

Primero el valor de la ética, segundo el valor de la cultura y, tercero, el valor de la solidaridad.

El valor de la ética: nosotros hicimos (cuando estaba en el banco) un programa muy exitoso que hasta el año pasado difundió el programa ética y desarrollo.

Yo creo que es muy importante y, a mí lo que me sorprendió, es la sed de ética que hay hoy en el mundo. Quizás un poco el hecho de la inseguridad en la que está viviendo la gente en el planeta, hace que cada vez la gente se interrogue sobre los fines últimos de sus acciones.

Taylor llamaba la atención sobre que estamos muy dedicados a debatir medios instrumentos, como los que despierta la tecnología y muy poco a discutir cuáles son los fines últimos por los cuales utilizamos estos instrumentos.

Es una reflexión muy importante pero, pareciera ser que nuestra sociedad actual, está mucho más seducida por el tema de los medios y por los instrumentos que por la interrogante de a qué sociedad queremos ir, qué queremos construir y qué tipo de relaciones humanas queremos privilegiar.

Yo creo que todo esto es muy importante, la ética, por ejemplo, es un factor que hoy está interpelando a las ciencias naturales, interpela a la física, y con toda razón.

La pregunta del fin último de todos esos avances fabulosos debe ser adónde vamos con todo esto y qué tipo de acciones tocamos en el crecimiento de las mismas.

Creo que, además de alguna manera, la dimensión ética debiera llevarnos a pensar cuáles son las responsabilidades del intelectual en este mundo que estamos viviendo.

Todos los actores tienen que ser interpelados con la misma pregunta: ¿qué es la responsabilidad ética frente a la sociedad?

Yo creo que todo eso debería formar parte de una preocupación, de insertarlo de alguna forma en la transmisión de valores que uno debe esperar del sistema universitario de nuestros países.

El segundo elemento es la cultura: yo aprendí mucho en ese sentido y lo hice desde tiendas economicistas, preguntándome por qué la racionalidad técnica o económica muchas veces choca con la racionalidad social y por qué muchas políticas muy bien diseñadas a la par de doctrinas y teorías económicas perfectamente racionales, chocan en la realidad con una mala capacidad de implementación o simplemente el rechazo de la sociedad.

Esa lucha permanente entre las dos racionalidades es uno de los grandes temas que siempre me ha perturbado sin respuestas claras, excepto una: que, de alguna manera, en muchas de estas construcciones técnicas, no hemos tenido en cuenta los valores culturales, las creencias, las tradiciones, los hábitos, las costumbres, la historia, la forma de sentir y percibir la vida por parte de la gente. Hay que conciliar la capacidad de dialogar como técnico, con esa realidad. Yo decía hace poco tiempo, hablando de la cosa económica: nosotros hemos sido muy buenos para generar ingenieros económicos y no tan buenos para generar arquitectos económicos.

Porque la ingeniería es muy importante, porque sino tenemos buenos fundamentos, buenos cimientos, la casa se viene abajo.

Pero uno no vive de la estructura del ingeniero, uno vive de la casa y esa casa la consulta con el arquitecto.

Ese tipo de elemento que vincula a la ingeniería con la realidad social es lo que yo llamaría, con un poco de atrevimiento, la arquitectura económica.

Esto es lo que significa para mí la inclusión de lo cultural dentro de la racionalidad económica pura y dura que nos da los grandes modelos, o los grandes paradigmas económicos.

El elemento cultural debe ser incorporado en una de las grandes transmisiones de valores, para poder tener, realmente, buenas casas hechas por ingenieros, pero con arquitectos que de alguna manera interpreten las necesidades de la gente que va a vivir en esas casas.

El tercer valor, es el valor de la solidaridad con el cual Juan Pablo II fue tan explícito y tan rico en sus expresiones.

Hay una definición de solidaridad muy interesante, a mi juicio estéticamente muy linda, que hizo la Comisión Justicia y Paz, tratando de entender un poco las reflexiones de Juan Pablo, que dice lo siguiente hablando de solidaridad: “La solidaridad tanto nacional como internacional no es un sentimiento de compasión vaga o de ternura superficial por los males sufridos por tantas personas cercanas o lejanas. No es eso. Sino que es la determinación firme y perseverante de trabajar por el bien común en sí, por el bien de todos y de cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos”.

Es difícil encontrar una definición más compacta, más hermosa, pero también, más decidora en materia de lo que estamos hablando. El mundo de hoy, si no es capaz de instrumentar este concepto en la práctica, de las relaciones internacionales y de las relaciones dentro de fronteras, vamos a tener un mundo de progreso de pocos y desesperación de muchos.

Yo creo que eso es lo que nos debe dar el sentimiento de esa solidaridad y que no se crea que es lo mismo que la caridad. La caridad es muy respetada. Está en todas las religiones, es hija del amor. Pero la solidaridad es hija de la justicia, son cosas distintas. De manera que si queremos encontrar un mundo nuevo, tenemos que referirlo a este concepto generoso de solidaridad que debe de ser implementado como parte de la justicia.

Una vez sentí decir que, en realidad esto de la mano invisible, que es la gran receta del capitalismo contemporáneo científico, es muy

importante, pero tiene que estar acompañado de la mano del Estado que asegure justicia y solidaridad.

Bueno, estos tres valores que he nombrado aquí, rector, para mí han sido a lo largo de mis tantos años, elementos que me enseñó la vida.

Habrán otros, habrá otras percepciones. Pero para mí, el tema de sentir los valores éticos, los valores culturales y los valores de la solidaridad, son quizá los valores a los cuales he respetado. Ahí sí, creo que estas universidades vibrantes, como la de ustedes, y todas las que tenemos en nuestros países deben, de alguna manera, incorporar en su acción por las jóvenes generaciones estos tres elementos, si realmente queremos construir, además de un mundo tecnológico, un mundo mucho mejor para ser vivido.

Muchas gracias.